

PERSPECTIVAS SOBRE EL TESTIMONIO: MODOS DE REPRESENTACIÓN, REIVINDICACIÓN Y DESUBJETIVIZACIÓN EN WALSH Y AGAMBEN

Mariano Ernesto Mosquera / Universidad de Buenos Aires

María Cecilia Sánchez Idiart / Universidad de Buenos Aires

Se debería reflexionar colectivamente sobre las razones de la importancia coyuntural, tanto nacional como internacional, de los discursos sobre el testimonio. Si a partir de la segunda guerra mundial, la problematización de lo atestiguado sufre una reactivación clave (en el marco del intento de producción de pautas sociales de interpretación del horror más grande infligido entre los hombres), de la mano de teóricos como Primo Levi y Hannah Arendt, entre otros, hoy en día asistimos a una revalorización de este debate. A nivel mundial, podríamos suponer, tentativamente, que la cuestión del testimonio, por fuera de su inscripción meramente jurídica, recobra su validez en el marco de dinámicas sociales que evolucionan hacia una paranoia institucionalizada, una “guerra civil legal”, un estado de excepción permanente. El testimonio aparecería ahora, como hace sesenta años frente al Holocausto, como un relato que se resiste a los métodos coercitivos del Estado, sean del orden de la materialidad (supresión de los cuerpos) o del orden de los enunciados (sistema de categorizaciones segregantes al que hoy en día estamos más que acostumbrados: el “terrorista”, el “subversivo”, el “inmigrante”, etc.). A nivel nacional, resulta incluso más fácil aventurar una hipótesis. La intensa problematización de las experiencias de las víctimas de la última dictadura explica, al menos en parte, esta reactivación a la que nos referimos.

Más allá de esta investigación, vital para la evolución de una madurez en la autoconciencia social hoy en crisis, este no es el propósito de nuestro trabajo. Tomaremos como dada la actualidad del debate, intentando reponer una serie de perspectivas que comprenden una conceptualización interdisciplinaria, a la vez crítico-literaria, sociológica y filosófica.

I. El testimonio en Walsh: el *non-fiction* como problema genérico y cultural

Durante los años sesenta, de la mano de escritores como Norman Mailer, Truman Capote y Tom Wolfe, se acuña un nuevo término para referirse a una serie de textos con características emparentadas: *non-fiction* o Nuevo Periodismo. Sin embargo, esa pretendida emergencia ya había dado sus frutos en un perdido país sudamericano. Ocho años antes de que Capote escribiera *A sangre fría* (1965), Rodolfo Walsh había publicado, en “un tremolar de hojitas amarillas” (Walsh, 2006: 20), *Operación Masacre*. Debemos interrogarnos sobre la especificidad de esta forma. El relato de no-ficción pone en tela de juicio una serie de presupuestos dominantes en dos series discursivas: el periodismo y la literatura. Tom Wolfe (1984) inteligentemente señala que el *New Journalism* constituye una superación del “viejo periodismo”. Las leyes de objetividad, distancia y neutralidad que caracterizaban a este último son suspendidas en su efectividad. Se trataba de incorporar al periodismo recursos provenientes de la narrativa, tales como el monólogo interior, el perspectivismo, etc. Respecto del campo literario, la puesta en crisis que este género despliega se refiere a la generación de un discurso narrativo no ficcional, es decir, al trabajo a partir de materiales testimoniales que requieren un “respeto” particular (reportajes, grabaciones, documentos, evidencias, etc.), produciendo transformaciones textuales ligadas a la estructuración de los relatos ficcionales (elipsis, dramatización de los acontecimientos, introducción del suspenso, distancia funcional de lo puramente informativo). De este modo, los códigos de la literatura y los del periodismo se encarnan en una semiosis por fuera de las discursividades canónicas. Tal como indica Amar Sánchez,

[l]o específico del género está en el modo en que el relato de no-ficción resuelve la tensión entre lo ‘ficcional’ y lo ‘real’. El encuentro de ambos términos no da como resultado una mezcla [...], sino que surge una construcción nueva cuya particularidad está en la constitución de un espacio intersticial donde se fusionan y destruyen al mismo tiempo los límites entre distintos géneros (Amar Sánchez, 2008: 19).

Ni ilusión ficcional, ni creencia en la representación objetiva, neutral y pasiva de los hechos. Más bien, estructuración alrededor del presupuesto del carácter constructivo de la realidad.

El proyecto de Rodolfo Walsh, en su trilogía testimonial, apunta, en primera instancia, a remediar el tratamiento ideológico inconfeso que el periodismo tradicional había impuesto a una serie de acontecimientos clave (el fusilamiento de José León Suárez, el asesinato del dirigente gremial Rosendo García y el del abogado Marcos Satanowsky) y a denunciar el funcionamiento de los aparatos represivos del Estado. Así, su intención fundamental será política: declara, en el epílogo de 1964 a la segunda edición de *Operación Masacre*, que con la publicación de dicha investigación pretendía que

el gobierno, el de Aramburu, el de Frondizi, el de Guido, cualquier gobierno [...] reconociera que esa noche del 10 de junio de 1956, en nombre de la República Argentina, se cometió una atrocidad, [...] que, a esos hombres que murieron, cualquier gobierno de este país les reconociera que la justicia de este país los mató por error, por estupidez, por ceguera, por lo que sea (Walsh, 2006: 220-221).

A continuación, sin embargo, Walsh admite que ha fracasado en estos objetivos, puesto que el efecto de sus investigaciones sobre las altas esferas del poder fue nulo, y nunca se castigó a los verdaderos culpables de los asesinatos: “[e]n esto fracasé. Aramburu ascendió a Fernández Suárez; no rehabilitó a sus víctimas. Frondizi tuvo en sus manos un ejemplar dedicado de este libro: ascendió a Aramburu” (Walsh, 2006: 221). Una exposición más clara sobre las intenciones políticas de Walsh aparece desarrollada en la conclusión de *¿Quién mató a Rosendo?*, que además aporta una serie de elementos fundamentales para comprender las denuncias que el periodista dirige hacia la prensa oficial y hacia el Estado, así como también su recorte de un público diferenciado y marginal. Walsh, luego de la experiencia de anteriores trabajos periodísticos, descrea de la posibilidad de que su investigación tenga alguna incidencia política inmediata; ya no espera “que el asesino de Zalazar vaya a la cárcel; que el asesino de Blajaquis declare ante el juez; que el asesino de Rosendo García sea siquiera molestado por la divulgación de estos hechos” (Walsh, 2010b: 167). Se muestra plenamente consciente de que la máquina perversa del poder jamás castigará a los verdaderos culpables porque es cómplice de los crímenes que éstos cometieron: “[e]l sistema no castiga a sus hombres: los premia. No encarcela a sus verdugos: los mantiene. [...] Es que son cómplices de este triple homicidio” (Walsh, 2010b: 167-168). Este “silencio de los de arriba”, no obstante, no le preocupa demasiado a Walsh: si su

misión, en sus textos testimoniales, ha sido la de rescatar relatos periféricos, casos que muy convenientemente fueron olvidados bajo la mirada complaciente de los distintos gobiernos, entonces su pretensión no es la de influir de manera directa sobre el poder oficial, sino que busca dirigirse a un público popular, “a los lectores de más abajo, a los más desconocidos” (Walsh, 2010b: 169). Tras su clarividente desenmascaramiento de la complicidad del Estado con los crímenes cometidos, del “mecanismo general de corrupción y violencia, de acuerdos y traiciones” de que está compuesto el sistema (Walsh, 2010b: 168), Walsh se resigna ante la indiferencia estatal y halla consuelo al observar que su investigación encontró una red de circulación marginal: “ha empezado a aparecer un nombre que hace mucho tiempo que no aparecía. Sólo que ahora va acompañado de la palabra: Asesino” (Walsh, 2010b: 169).

La prensa también ha sido cómplice del ocultamiento de la verdad acerca de estos homicidios; aliada con el poder, invirtió las cosas al confundir víctimas con victimarios y homicidas con inocentes: “[l]os ríos de tinta que en mayo y junio de 1966 presentaron a los agresores como víctimas y a los atacados como asesinos, no han desandado su curso hoy que el ‘misterio’ está aclarado.” (Walsh, 2010b: 168). De acuerdo con lo que postula Amar Sánchez, la mayoría de los textos de *non-fiction* se escriben para esclarecer los pormenores de determinados acontecimientos polémicos y discutir, desde un tono de denuncia, con las versiones y explicaciones de estos hechos ofrecidas por la prensa oficial. Para reflexionar sobre la relación entre verdad y relato testimonial, resultan productivas las consideraciones de Piglia acerca de la coexistencia de dos poéticas en la obra de Walsh: por un lado, la que se vincula a la forma testimonial, en la cual “[e]l escritor es un historiador del presente, habla en nombre de la verdad, denuncia los manejos del poder” (Piglia, 2000: 14); por otro lado, la poética relacionada con el discurso propiamente literario y con procedimientos tales como las elipsis, las alusiones y el trabajo con lo no dicho, tópicos preferidos en la narrativa de Walsh. Seguidamente, Piglia propone que ambas poéticas en realidad se unen en un eje común, el de la investigación como modo básico de estructuración de la narración, sin importar que ésta se funde en un relato testimonial o uno ficcional. Los textos walshianos se construyen a partir del enigma, de la búsqueda de la verdad, la cual no se le ofrece de modo inmediato al investigador, sino que éste debe reconstruirla

a partir de datos, fragmentos, pistas, testimonios para lograr así “captar un fragmento de la realidad” (Piglia, 2000: 14). Efectivamente, en los textos de no-ficción de Walsh se evidencia la colaboración de procedimientos literarios en la narración. La búsqueda de eficacia persuasiva y de contundencia en el estilo lo llevan a Walsh a hacer uso de repeticiones, expansiones e insistencias: “[s]in causa, en efecto, se había pretendido fusilarlo. [...] Y ahora, sin causa, en virtud de un simple decreto que llevaba el N° 14.975, se lo restituía al mundo” (Walsh, 2006: 124). Si la verdad sobre estos acontecimientos silenciados por el poder estatal no puede sino construirse a partir de fragmentos, claves, pistas, la narración también se hace eco de este revelamiento progresivo de la verdad a partir del uso de dilaciones, la dramatización y la creación de suspenso y tensión en el lector. Walsh organiza, retiene, anticipa y dosifica la información que proporciona a su lector: “¿[s]abe algo, esa tarde del 9 de junio, de la revolución que estallará después?” (Walsh, 2006: 51). Respecto al tratamiento de los materiales testimoniales, Walsh, en ocasiones, se permite manipular en cierto grado los documentos en pos de una mayor eficacia narrativa: “[l]o que sigue es una transcripción casi total de la cinta grabada. Me he limitado a suprimir repeticiones y unificar algunos pasajes separados que hablan del mismo tema” (Walsh, 2010b: 111). Ante la falta de información, Walsh no vacila tampoco en “dar espacio a lo imaginario” (Amar Sánchez, 2008: 117) y aventurar conjeturas sobre los posibles movimientos de los personajes, aunque no faltan modalizadores que dan cuenta de la distancia que se está tomando respecto a lo efectivamente comprobable: “[n]o hay testigos de lo que hablan. Sólo podemos formular conjeturas. [...] Es posible que Carranza a su vez quiera hacerle algún encargo para el caso de que él llegue a faltar de su casa.” (Walsh, 2006: 35). Literatura y periodismo, entonces, colaboran en la construcción de relatos que presenten de modo eficaz y persuasivo nuevas versiones sobre acontecimientos silenciados por el Estado, y que a la vez logren denunciar la complicidad del poder con los crímenes cometidos.

Si hasta aquí hemos reflexionado sobre estos materiales testimoniales desde un punto de vista crítico-literario, combinado con aportes de una sociología de la cultura, parecería provechoso complejizar nuestro objeto desde una perspectiva filosófico-ética, donde la figura que, actualmente, adquiere resonancia es la del italiano Giorgio Agamben.

II. El testimonio y la subjetividad: musulmanes y fusilados

Retomando las consideraciones del último Foucault, el trabajo del filósofo italiano Giorgio Agamben sobre el testimonio se desarrolla en el marco de la cuestión del biopoder. El postulado fundamental de la propuesta biopolítica se funda en que, “[s]egún Foucault, ‘el umbral de modernidad biológica’ de una sociedad se sitúa en el punto en que la especie y el individuo, en cuanto simple cuerpo viviente, se convierten en el objetivo de sus estrategias políticas” (Agamben, 2002a: 17). De esta manera, la clave de la modernidad sería la de la invasión de la lógica pública (la *polis*) en la esfera privada (el *oikos*), la politización de la vida: una *oikonomía política*.

La hipótesis agambeniana es históricamente más global. Lo que caracteriza a la política moderna no es tanto que la estrategia política tome como objeto privilegiado a la vida biológica, relación que, en tanto tal, es antiquísima, sino, más bien, la creación de una zona de indistinción e indiferenciación entre ambos espacios. Cuando el estado de excepción “se convierte por todos lados en la regla” (Agamben, 2003: 10), lo que resulta es el despliegue de una biopolítica que tiende hacia lo absoluto. Así, el campo de exterminio como *nomos* de lo moderno, el espacio político en el que todavía vivimos, es el de la pura tecnificación de la organización de lo viviente. Es respecto de esta cuestión del campo de concentración como paradigma biopolítico contemporáneo que Agamben desarrolla su reflexión alrededor del testimonio.

El punto de partida será el reconocimiento de las compatibilidades profundas entre la arqueología foucaultiana y los últimos avances lingüísticos de Émile Benveniste. Así, si el teórico del lenguaje había proyectado (y nunca cumplido) una metasemántica construida sobre la semántica de la enunciación (el análisis de los *shifters*, los indicadores de la enunciación), como estudio no-léxico, no proposicional, de los enunciados, la arqueología, en tanto toma como objeto a los enunciados en sus condiciones de existencia, se presentaría como la realización de tal proyecto.

La identificación y el tratamiento de una dimensión no semántica del lenguaje (la diferencia entre el texto del enunciado y el hecho de que este tenga lugar) es el fundamento de la noción foucaultiana de “archivo”. Según Agamben,

[e]n cuanto conjunto de reglas que definen los acontecimientos de discurso, el archivo se sitúa entre la *langue*, como sistema de construcción de las frases posibles -o sea, de la posibilidad de decir- y el corpus que reúne el conjunto de lo ya dicho de las palabras que han sido efectivamente pronunciadas o escritas” (Agamben, 2002b: 150).

El archivo, entonces, no es más que la masa de lo no semántico inscrita en cada discurso significativo, por el mero hecho de ser enunciado, es decir, como función de su enunciación.

El filósofo italiano, en contraposición a este concepto, aventurando una perspectiva que no resume el discurso al mero acto, sino a su potencia, propondrá la noción de “testimonio” como referencia al “sistema de relaciones entre el dentro y el fuera de la *langue*, entre lo decible y lo no decible en toda lengua; o sea entre una potencia de decir y su existencia, entre una posibilidad y una imposibilidad de decir” (Agamben, 2002: 151-152). De esta propuesta se extraen interesantes consecuencias para el estudio de la subjetividad. Si la metasemántica de la enunciación de Benveniste y la teoría de los enunciados de Foucault pensaban al sujeto como una mera función del discurso, como un efecto del hecho de puro lenguaje que constituyen los *shifters*, el testimonio en Agamben suspenderá al sujeto en la pura potencia, en la cesura entre la posibilidad del discurso y su realización, es decir, en su *contingencia*, en su posibilidad de no ser, su imposibilidad.

Las categorías modales que Agamben introduce (posibilidad, imposibilidad, contingencia, necesidad), lejos de ser meras categorías lógico-gnoseológicas, son operadores ontológicos que recorren el campo de fuerzas de la subjetividad y lo tensionan. La posibilidad (el poder ser) y la contingencia (el poder no ser) son las categorías de la subjetivización, el punto en que un posible (humano) adviene a la existencia. La imposibilidad (no poder ser) y la necesidad (no poder no ser) son las categorías de la desubjetivización, de la destrucción del sujeto en tanto tal, como pura sustancialidad sin sujeto, que forcluye al posible (humano).

Este desplazamiento del análisis foucaultiano al nivel de las categorías de la modalidad permite sostener una reformulación del discurso del biopoder según la perspectiva del testimonio. En este momento Agamben recurre a las reflexiones de Primo Levi. Si decimos que el campo de exterminio es el *nomos* de lo moderno, es porque su modelo es una máquina productora de subjetividad característica de

nuestra época. Auschwitz, como derrumbamiento histórico de los procesos de subjetivización-desubjetivización, abre el espacio de nuevas figuras de sujeto. Por un lado, el sobreviviente, el pseudo-testigo que escapó al golpe final del aparato de exterminación nazi, por otro, en un sentido todavía más específico y radical, el musulmán, el testigo integral, como lo llama Levi, aquel cadáver ambulante reducido al silencio absoluto, producto de la imposibilidad (lingüística y subjetiva) de sostener un relato integral sobre el exterminio. De aquí se extrae una paradoja, que está en el origen del mecanismo biopolítico del presente. El verdadero sujeto del testimonio, por haber sufrido la totalidad de las consecuencias del Holocausto, es el musulmán. Pero, en tanto su sometimiento no es más que un procesamiento maquínico que lo subsume en un proceso de desubjetivización, el musulmán carece de palabra para testimoniar, es un puro viviente, un no-hablante, un no-hombre, una *nuda vida*. Tal como señala Castro, “[e]l sobreviviente, la subjetividad que no ha sido completamente sometida, [...] [testimonia] en su lugar” (Castro, 2008: 81). Pero no debemos vernos tentados a individualizar estas figuras. El musulmán y el sobreviviente son momentos íntimos de la subjetividad contemporánea, tironeada y tensionada entre su reducción a una *nuda vida* (inhumana) y la refutación de este aislamiento respecto de su humanidad-lenguaje-subjetividad. De esta manera, la paradoja de Levi se supera por intensificación. Testimoniar no es más que postular “yo era un musulmán”, es decir, sostener el discurso respecto de una distancia insalvable con la propia desubjetivización. Distancia irremediable, sí, pero distancia íntima e inherente a la misma constitución subjetiva.

Desde este punto de alta complejización de nuestro objeto, podemos volver sobre los materiales literarios que ya trabajamos. En el núcleo productivo de la escritura de Walsh encontramos esta misma paradoja que señala Agamben. La palabra del testigo es el testimonio de un tiempo en que él no era humano todavía. Así, sus textos nacen cuando la violencia política o histórica ya está consumada, cuando los sujetos ya han sido reducidos a meros vivientes. Sin embargo, estos relatos testimoniales buscan reconstruir el lazo entre las víctimas y su propia calidad de sujeto, cediéndoles la palabra, proporcionando un espacio para su discurso (aunque éste sea referido). Nuevamente, si la paradoja biopolítica parece forcluir la posibilidad de un testimonio a la altura del acontecimiento, los textos,

operando por intensificación de ésta, se abren a la pluralidad discursiva. En *Operación Masacre*, la génesis de la investigación se sostiene sobre un postulado contradictorio: “Hay un fusilado que vive” (Walsh, 2006: 19). Como señala Agamben, una experiencia devastadora (como lo fue el Holocausto) hace que lo imposible se introduzca a la fuerza en lo real. El relato de Livraga es “una historia increíble”, pero el periodista la cree “en el acto” (Walsh, 2006: 19). De modo incluso más estricto, *Operación Masacre* lleva su carácter paradójico a la literalidad etimológica: el “muerto-vivo” que es Livraga (junto con todos los fusilados que viven, como Benavidez) es *para-doxico*, más allá de la *Doxa*, del discurso institucionalizado: “Todos los diarios publicaban un comunicado del gobierno con la lista oficial de ‘fusilados en la zona de San Martín’. Y en ella aparecía Reinaldo Benavidez. El más asombrado debió ser él mismo, puesto que se había salvado” (Walsh, 2006: 112).

Tal como expusimos en estas breves páginas, la cuestión del testimonio se muestra en toda su actualidad y urgencia. Desde distintas perspectivas, sea como tensión entre ficción y realidad para la crítica literaria, sea como búsqueda de justicia para la sociología de la cultura, sea como estructura de la subjetividad biopolítica contemporánea para una filosofía ética, el testimonio aparece como una discusión necesaria. No era nuestra intención postular una hipótesis fuerte alrededor de la cuestión. Más bien, intentamos reactualizar un debate, aportar en la configuración de un campo de inteligibilidad común para futuras intervenciones. Extraemos, sin embargo, una conclusión clave: el problema del testimonio no se encuentra cerrado.

Bibliografía

- Agamben, G. (2002a). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Madrid, Editora Nacional.
- Agamben, G. (2002b). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*, Valencia, Pre-textos.
- Amar Sánchez, A. M. (2008). *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*, Buenos Aires, de la Flor.
- Castro, E. (2008). *Giorgio Agamben. Una arqueología de la potencia*, Buenos Aires, Jorge Baudino, UNSAM.
- Piglia, R. (2000). "Rodolfo Walsh y el lugar de la verdad". En: Lafforgue, Jorge (comp.) *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*, (pp. 13-15). Buenos Aires, Alianza.
- Walsh, R. (2006). *Operación Masacre*, Buenos Aires, de la Flor.
- Walsh, R. (2010a). *Caso Satanowsky*, Buenos Aires, de la Flor.
- Walsh, R. (2010b). *¿Quién mató a Rosendo?* Buenos Aires, de la Flor.
- Wolfe, T. (1984). *El nuevo periodismo*, Barcelona, Anagrama.